

Cuarto Domingo de Pascua 2020 (Mayo 3)

Año A RCL

Hechos 2:42-47; Salmo 23; 1 San Pedro 2:19-25; San Juan 10:1-10

“El Señor es mi Pastor”

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

Ya han pasado tres semanas desde que celebramos el Domingo de la Pascua de Resurrección, y como mencione ese día, esta es una estación de Pascua totalmente nueva y diferente, no obstante, Santa. El distanciamiento social, el miedo al contagio, la inestabilidad económica, la tristeza de quienes han perdido a un familiar o alguien que conocen, el trabajo incansable de los trabajadores de la salud; sin mencionar las muchas otras realidades, se han convertido en el estado actual de la vida. Sin embargo, esta situación corriente no puede definir la identidad de toda la humanidad.

Algo similar sucede con la experiencia espiritual: nuestro tiempo en oración, recibir cualquiera de los sacramentos, tener un encuentro o un momento de comunión con Dios, leer la Biblia, hacer meditación, escuchar o cantar una canción religiosa, etc., son partes importantes de nuestro viaje espiritual. Sin embargo, si permanecen aislados y separados unos de otros, se convierten en momentos de experiencias espirituales. Seguro que son experiencias religiosas hermosas, emocionales, inspiradoras, motivadoras y profundas con Dios, sin

embargo, solo son momentáneas. Espacios de realidades que pasan en el tiempo y que son difíciles de comprender en la totalidad, pues solo son un momento. Como cuando las personas visitan una iglesia para Pascua y/o Navidad con familiares o visitan una iglesia para escuchar a un predicador, o un coro o banda musical en particular.

En lugar de experiencias espirituales aisladas, si estos momentos individuales estuvieran conectados, intencionalmente colocados, formando parte deliberada de nuestras vidas. Y si hay disciplina y sacrificio en la medida en que estos momentos requieren nuestra libertad, nuestra voluntad, nuestra participación, nuestra respuesta emocional, nuestro compromiso comunitario y nuestra responsabilidad personal, descubriríamos que estos momentos se transforman en patrones de comportamiento. Una persona que vive las experiencias espirituales con disciplina y regularidad comprende al campesino que confía en la tierra para transformar la semilla que produce el cultivo.

Como creyentes en Jesús, debemos esforzarnos por tener y mantener una relación continua con Dios que se alimente y nutra cada día, en lugar de encuentros esporádicos con experiencias espirituales individuales. La liturgia de la Iglesia comprende que los momentos espirituales extraordinarios son las excepciones, no la norma. En esta cuarta semana en la estación de Pascua, la

liturgia cambia de tono, ya no comparte los evangelios de la resurrección; pero en su lugar, encontramos en el evangelio de hoy del capítulo 10 de San Juan, la imagen de Jesús como el Buen Pastor.

La descripción de lo que hace el pastor es clara: *“el pastor llama a cada oveja por su nombre, y las ovejas reconocen su voz; las saca del redil, y cuando ya han salido todas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen porque reconocen su voz”*. Juan 10: 3-4.

En tiempos de paz o pandemia, durante el Invierno o el Verano, el Pastor trabaja de la misma manera. La mayoría de los días, la rutina de lo que hacen el pastor y el rebaño sigue un patrón de acciones con el mismo propósito de velar siempre por el bienestar del rebaño. Solo aquellos que conocen los movimientos diarios del rebaño, entienden los comportamientos del pastor. Solo aquellos que hayan pasado suficiente tiempo con el pastor reconocerán su voz, y solo aquellos que sigan y confíen en el pastor conocerán los pastos de lugares desconocidos.

Como mencioné antes, en lugar de experiencias espirituales aisladas, necesitamos tener una relación continua con Dios. Somos el rebaño de Jesús; nuestro Pastor continúa llamándonos a cada uno de nosotros por nombre en circunstancias que solo Él entiende. Entre las muchas voces de desesperación o

desesperanza, necesitamos desarrollar la capacidad de escuchar bien, reconocer y obedecer la única voz que garantiza nuestro acceso a la vida eterna.

Cuando María Magdalena estaba afuera de la tumba llorando y afligida, Jesús mismo le preguntó: *“Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?”*, Incluso allí, ella es incapaz de reconocerlo. Fue solo cuando Él la llamó por su nombre, "María", que sus ojos se abrieron, su mente y espíritu distinguieron que era Jesús, y ella supo que su Señor y Maestro estaba allí con ella. La voz de Jesús llamándola por su nombre le demostró a María Magdalena que su visión era real, por lo que podía confirmar la identidad de la persona que estaba hablando con ella.

Lo mismo sucede hoy para el rebaño de Jesús, el pastor dirige con su voz, sus palabras tienen vida eterna. Él está presente hoy, como lo estuvo en el pasado, y lo estará en el futuro. Sigue siendo el mismo buen líder que está dispuesto a dar su vida para defender al rebaño; Su amor por el rebaño no tiene límites. Reconocer la voz de Jesús es nuestra tarea, somos individualmente responsables de ser entrenados e inequívocamente familiares para conocer la voz de nuestro Pastor.

Algunas personas en la situación actual de pandemia podrían pensar o imaginar que la voz de Jesús está en silencio. Solo aquellos que han pasado mucho tiempo en el rebaño siguiendo a Jesús entienden que su voz es alta y clara. Jesús nunca

deja solo al rebaño. Jesús sufre con nosotros y nos guía porque fue el primero y será el último en pasar el viaje del dolor y la tristeza.

Quizás uno de los obstáculos para escuchar la voz de Jesús es la presencia de ladrones y bandidos. Jesús advierte y denuncia que la presencia de quienes hostigan y persiguen al rebaño es real y está presente con demasiada frecuencia. Durante estos 10 versículos en 3 ocasiones, Jesús menciona a aquellos que solo quieren robar, matar y destruir. Ellos representan el mayor impedimento para que escuchemos o sigamos a Jesús.

Después de escuchar y reconocer la voz del pastor, el rebaño avanza con confianza, como María Magdalena cuando reconoció a Jesús. Seguimos a Jesús plenamente conscientes de que Él conoce el viaje, confiando totalmente en su amor por nosotros, lo seguimos porque él va delante de nosotros, incluso cargando la cruz. El rebaño avanza porque el pastor los lleva a lugares que necesitan ir. Incluso si algunos de estos lugares son desconocidos, desagradables o difíciles de pasar, sin embargo, el rebaño sigue con pasos firmes, debido al amor constante que el Pastor les muestra.

Jesús hoy menciona “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.” En momentos como los que vivimos en que la vida muestra escasez y parece extraviada, y sentimos que nos falta la paz de Cristo desde la

resurrección, la vida abundante de Jesús es un excelente recordatorio de que el Buen Pastor continúa el viaje con nosotros para siempre. Incluso si caminamos por el valle de sombra de la muerte, necesitamos confiar en Dios y seguir adelante. Amén.